

arrollo anterior de la trama. Dentro de su enorme habilidad cinematográfica, de su conocimiento del público, y del amplísimo caudal de recursos que poseen, los dos escritores quieren así propiciar un sentido diferente a sus personajes y anécdotas, resumir críticamente lo que antes había sido mera exposición costumbrista. Es, de alguna forma, la «moraleja» de los cuentos tradicionales llevada a un terreno ideológico, de comunicación de unas posturas de las que se pretende hacer participe al espectador. Cuando este recurso tiene su justificación en la línea narrativa, cuando se han inserto en ella elementos que otorgan credibilidad al sentido de las secuencias finales, el resultado es positivo y hasta óptimo (valgan los ejemplos de «En nombre del pueblo italiano», de Dino Risí, o «Teresa la ladrona», de Carlo di Palma, ambas con guiones de Age y Scarpelli). Pero cuando no sucede así, el desenlace se revela como un añadido incoherente, falta de fuerza para cumplir su papel de choque, una vez que la complacencia en otros aspectos pesa tanto que ya no hay manera de contrarrestarla. Este es el negativo resultado de «Apasionada», donde los feministas y lúcidos planos finales no sirven para anular su insistencia en el caso del «marido engañado», verdadero eje maestro del film, por desgracia para quienes esperábamos algo mucho mejor de Monicelli y de sus colaboradores, duchos en el terreno del costumbrismo populista en que se encuadra la comedia italiana.

También de Carlo Lizani cabía esperar otra cosa que la debilísima «Turín negro» («Torino nera», 1972), que se estrena simultáneamente a «Apasionada». Un terrenal relato sobre un error judicial muestra la carrera vacilante de quien fue uno de los delfines más esperanzados del neorealismo.

■ FERNANDO LARA.

ARTE

Vuelvo de Barcelona con el tiempo justo —justísimo— de entregar mi colaboración habitual en TRIUNFO. Llego tarde, en rigor, porque hoy —día de San Isidro— no hay nadie en la Redacción. Pero, por eso mismo, espero que mañana aún esté el periódico sin cerrar definitivamente. Lo malo es que en Barcelona apenas pude ver nada... Yo estuve allí solamente el domingo, y el lunes y los lunes no abren las galerías barcelonesas. Paco Rodón, de la galería Gaudi, me abrió para que viera su

exposición, pero aún no tengo aquí fotografías... Menos mal que, al desembarcar en Rambla de Cataluña desde Consejo de Ciento, me encontré con que la Galería 42 tenía una exposición cuyo tema y autor me inquietaban: «El cántico al sol», de San Francisco, interpretado por Miró. Decidí verla, como fuera. Llamé a Gustavo Gili hijo, cuya mujer, Mariucha, regenta esa galería. Nos citamos y, al poco rato, estaba allí, enseñándome la exposición... Siempre es bueno tener amigos.

Galería 42 «El cántico al sol», de San Francisco, interpretado por Joan Miró (Barcelona)

No era sólo el «Cántico al sol», de San Francisco de Asís —tra-

ducido al catalán por Josep Carner y con un prólogo de María Marent—, lo que allí se exhibía ilustrado con grabados de Miró... por supuesto, en edición para bibliófilos. Se exhibía también otra serie de ilustraciones de Miró a unos poemas del gran poeta catalán J. V. Foix, que exaltan los colores de Miró precisamente...

Ahora recuerdo la versión que yo tenía —que probablemente tengo aún, perdida en el mare magnum de todos mis libros— del «Cántico al hermano sol». Si no recuerdo mal, estaba en la vieja Colección Universal de Calpe, juntamente con las «Florecillas de San Francisco», y el traductor al castellano de ambas obras era Cipriano de Rivas Cherif...

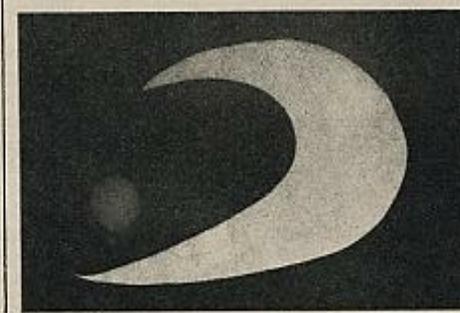
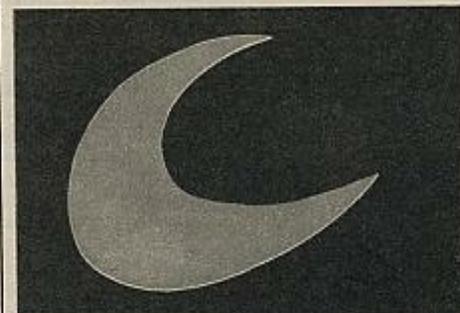
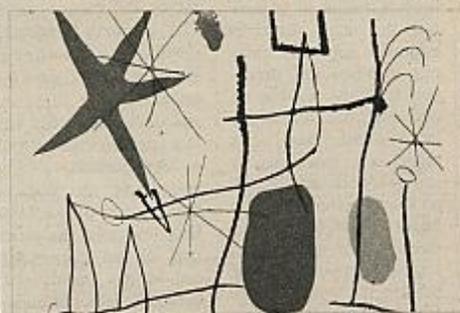
Ahora, cuando vi en el escaparate de la Galería 42 el anuncio del bellissimo poema de San Francisco, ilustrado por Miró, sentí un deseo irreprimible, como de ver a un viejo amigo. ¡Qué idea más feliz, la de hacer ilustrar a San Francisco por Miró! ¿De quién sería esa idea? ¿Sería del propio Miró, o del joven Gustavo Gili, que tiene ideas muy felices a la hora de buscar temas para sus ediciones de «La Cometa»? En esas dudas, llegó Mariucha y me abrió su galería.

La entrada en un local donde exhibe Miró, aunque no sea más que obra gráfica —como en este caso— produce siempre la sensación de estar poseído de pronto por todas las fuerzas de la Naturaleza. Y ya es curiosa esa connivencia de la Naturaleza con la obra de un hombre que nunca, nunca, es naturalista —nunca representa a la Naturaleza—, porque —y en eso estriba su secreto— lo que nos da de ella es algo así como su formulación química en su traducción gráfica o pictórica a percibir por los sentidos... Pero, insisto, lo suyo es Naturaleza, en su forma esencial... No naturaleza de la forma, sino forma de la Naturaleza.

En el bello poema de San Francisco, las grandes potencias de la Naturaleza —el Sol, la Luna, el agua la tierra— se humanizan por efecto de la bondad infinita del Pobrecillo de Asís: «El hermano sol», la «hermana luna», «la hermana tierra»... y algunas veces incluso surge un adjetivo, y, por ejemplo, a «la hermana agua» se la considera «casta», con lo cual parece acercarnos aún más ese preciado elemento... Y yo no quiero decir que Miró se sienta, como el de Asís, hermanado con todos los elementos primordiales. Pero se siente identificado. Pocos artistas, creo yo, sienten como Miró que su carne está hecha de la misma tierra que lo nutre.

Es fácil decir, como un lugar común, las palabras que acabo de estampar. Pero quien no comprenda a Miró como al artista que tiene la más grande receptividad para los efluvios de la tierra, no lo comprenderá nunca. Yo diría más: Miró es un gran intérprete de la tierra, porque él mismo se siente tierra. Lo suyo es una confidencia... Por eso, nadie mejor que él podría ser el intérprete de San Francisco. ■ J. M. MORENO GALVAN.

Tres ilustraciones de Miró para «el cántico al sol».



MUSICA

Ray Charles o el arte de administrar el genio

A uno le da a veces por preguntarse por qué en un país donde musicalmente nos quedan tantas cosas por conocer, despierta inexorablemente todos los años un súbito interés por ver lo ya visto en los anteriores. Cuestión que determina que exista un puñado de artistas cuya

actuación se ha hecho obligada todas las temporadas, y ya tiene más de ritual que de otra cosa, y cuestión que, si no es muy sorprendente en relación con determinados mitos nacionales, sí lo resulta cuando la figura que la plantea viene de fuera, pertenece a otra tradición musical y a otro concepto del espectáculo, y se llama Ray Charles.

Pero hagamos referencia a lo que fue su última actuación. Desde el exordio inicial a cargo de un presentador con pajarita y todo, aquello sonaba a conocido y hasta a rancio. Sabido es que en la primera parte del «show» de Ray Charles actúa únicamente su orquesta. La de la ocasión no era ni mejor ni peor que las de otras (aunque tal vez flaqueara un poco la sección rítmica), y no hubiera merecido mayor atención si no fuera porque sirvió para demostrar algo muy curioso: que tan importante como que el artista se crea lo que interpreta es que el público se crea lo que escucha. Solos perfectamente anodinos fueron ovacionados como cosas del otro mundo, y hubo aclamaciones especiales para una versión de «Manhá de Carnaval», tan irrelevante como el 99 por 100 de las otras 10.000 que se han hecho del tema. No faltó el consabido y complicado «medley», que incluía número cómico —los músicos simulan equivocarse y el director les enseña, escandalizado, la partitura—, y una interpretación, francamente buena, de «I can't get started».

Descanso, y especulaciones a la espera del «genio». Algunos comentaristas habían señalado su peligroso acercamiento al «sonido de Filadelfia». Por su parte, uno, que, desde que le oyó cantar «America the beautiful», acompañado de unos coros tan angelicos que parecían proceder por lo menos de Disneylandia, lamentó que también a Ray Charles le hubiera dado por participar en ese amor